

inglés, alumbrado *a giorno*, no podría aportar un tipo, un rincón, una escena auténticamente mexicanos a un teatro mexicano de la ciudad, porque su vida transcurre dentro de la suntuosa morada, o se exhibe insuficientemente en el escaparate de una sala de té. El barrio sí. Apenas cabe en la nutrida numeración de la vecindad. Interior 24, 24-A, 24-B, 24-C... El aire de la vivienda mínima pesa sobre su corazón como un cielo nublado. Huye, pues, de sí mismo y se echa a la calle, se desborda a lo largo de las aceras, sobre las plazas, en los jardines, arrastrando la más abigarrada impedimenta: la carpa, el organillo, las aguas frescas, el volantín, la lotería, el perro, las fritangas... Universo desordenado que coloran overoles y rebozos y ensordecen los gritos de todos los fonógrafos de todas las tiendas y cafetines de la calle.⁵

Es fácil entender que este concepto simplista aplicado a un teatro de provincia daría como resultado un paisaje de nopales y de rancheros a balazos o indios pulqueros. Gorostiza confundía valor nacional con folklore, y padecía la dualidad campo-ciudad, cultura occidental-cultura nacional, propia de su generación.

Una última pregunta: ¿Por qué si en el mismo breve ensayo hablaba de una serie de tipos —el chofer, el chafirete, el remendón, el gendarme, el bolero, el fifí, etcétera— que constituirían la galería de personajes de un teatro auténtico de la ciudad de México, olvida su propio sketch "Una ventana a la calle" o no publica *Siete juegos*, cuando esto sería la pauta para adecuar su pensamiento a la práctica? Anteriormente mencioné la sensibilidad característica de Gorostiza —su predisposición a la abstracción, su agudo racionalismo, su falta de espontaneidad y por tanto su acendrado intelectualismo— enemiga de un teatro orientado hacia lo popular y lo folklórico. Baste como prueba el monólogo de "El tramoyista" en la escena II de *Ventana a la calle*, que si bien es de *cliché* expresionista muestra claramente su intención poética:

EL TRAMOYISTA. Había señales de barro en las manos del Todopoderoso, cuando el mundo, rebasado de juventud, quiso escapar a la infinita sabiduría. Los príncipes del cielo le condenaron a tener historia; nunca a escribirla. Y helo aquí, huérfano como un décimo de lotería, coreado estruendosamente por los Primeros Ministros, las Iglesias, los Filósofos; encarecido por los amantes; odioso a los ebrios consuetudinarios. Juguemos a él un peso de buena voluntad, porque, quizá mañana... ¡Oh, la función de mañana abundará en sorpresas! "

No quiero pecar de exagerado y pretender justificar en todo y por un único hecho una teoría definitiva sobre Gorostiza como autor teatral. Lo que más me interesa plantear son ciertas interrogantes, a las que, en última instancia, sólo Gorostiza puede contestar. En realidad creo que si no hubiera escrito *Muerte sin fin* no se justificaría esta nota: es más, no creo que nadie la publicaría.

teatro sintético

ventana a la calle

por José Gorostiza

(Detrás de una ventana, la calle. Gente que camina en direcciones contrarias. Los personajes, diversos entre sí, tienen un aire común de autómatas; el gesto uniforme de quien no va a parte alguna, aunque vaya de prisa.)

ESCENA I

LA SEÑORITA, a su acompañante varón: ...Pero si yo nada más querría que vivir, gozar, morir...

EL ACOMPAÑANTE: Adiós, viejecito.

EL ALUDIDO: Adioós...

EL ACOMPAÑANTE, a ella: Mira, no me canses la paciencia. Ya comprendo.

UN BILLETERO: ¡Un huermanito, señor, un huermanito!

LA MUJER PINTARRAJEADA: Por Dios que le rayo la cara.

SU COMPAÑERA: No, Ofelia. Hazlo por mí siquiera. En último caso, si no puedes cobrarle los veinte pesos, yo te los pagaré.

LA MUJER: ¿Cobrarle? ¿Yo?

UN COMERCIANTE: Nadie paga, le digo; sólo un esfuerzo desesperado podría salvarme de la miseria. (No responde su compañero.)

UN JOVEN, al encuentro de otro: ¡Es usted un canalla!

EL OTRO: Señor, necesitamos dar explicaciones.

EL: No quiero explicaciones de ninguna especie. Me ha robado usted veinte días de sueldo, ¡ladrón, canalla!

EL ALUDIDO, retirándose: Mucho gusto en saludarlo, señor...

EL JOVEN, indignadísimo: ¡Canalla, es usted un canalla!

EL BILLETERO: Un huermanito, señor.

EL JOVEN, al billetero: ¡No, un canalla!

UNA SEÑORITA: ...Y casi me comía a besos el atrevido ese.

OTRA: Sí, ya lo conozco, güera; pero no llegaría a cosas mayores, por supuesto.

LA PRIMERA: Bueno, ¡yo me defendí! ...

EL BILLETERO: Un huermanito, niña.

DOS CABALLEROS, a otro de negro:

UNO: ¿Qué hubo, hombre? ¿Cuándo desempeñaste el bombín?

OTRO: Déjalo, parece que regresa de un entierro.

EL DE NEGRO: Justamente.

UNO: ¡Eh!, no seas guasón.

OTRO: Pero, ¿no ves qué cara de bobo tiene?

EL DE NEGRO: Sí, justamente de un entierro. Mi padre...

LOS DOS, atónitos: ¡NO!

EL BILLETERO: Un huermanito señor, un huermanito.

UNA VOZ PERDIDA: Hemos construido nuestras ciudades en un cementerio.

(Cae el telón. Un tramoyista se descuelga de una soga; saluda con prolongada genuflexión de cirquero.)

ESCENA II

EL TRAMOYISTA: Había señales de barro en las manos del Todopoderoso cuando el mundo, rebasado de juventud, quiso escapar a la infinita sabiduría. Los príncipes del cielo le condenaron a tener historia; nunca a escribirla. Y helo aquí, huermano como un décimo de lotería, coreado estruendosamente por los Primeros Ministros, las Iglesias, los Filósofos; encarecido por los amantes; odioso a los ebrios consuetudinarios. Juguemos a él un peso de buena voluntad, porque, quizá mañana... ¡Oh, la función de mañana abundará en sorpresas!

